

POR QUÉ EL REFORMISMO FRACASARÁ SIEMPRE

MARTIN HÄGGLUND

TRADUCCIÓN A CARGO DE MARIO AGUIRIANO

En este texto hago una distinción analítica entre toda forma de socialdemocracia y la noción de socialismo democrático que elaboro en mi libro *'Esta Vida'*. No defino ninguno de los términos –socialdemocracia y socialismo democrático– en correspondencia directa con sus diferentes significados históricos. En el sentido que doy al término, “socialdemocracia” no se refiere únicamente a las políticas bienestaristas, y mi concepción del socialismo democrático no es reducible a versiones previas del socialismo. Mis definiciones analíticas son las siguientes. Lo que llamo “socialdemocracia” comprende toda forma de socialismo o marxismo que se limita a la *redistribución* sin lidiar con la cuestión fundamental de la producción de valor. El socialismo democrático, por el contrario, debe entenderse en términos de la noción marxiana

de comunismo y requiere de la *revaluación* revolucionaria del valor, lo que solo puede conseguirse a través de la superación del capitalismo. En contraste con cualquier forma de redistribución de la riqueza bajo el capitalismo, lo que llamo la revaluación de valor aboliría el trabajo asalariado y transformaría el modo en que nos reproducimos material, social e institucionalmente. La noción valor así entendida no debe confundirse con el valor como tiempo de trabajo, al que estamos sometidos bajo el capitalismo. Por el contrario, pretendo señalar cómo las cuestiones económicas son intrínsecamente cuestiones de lo que valoramos —de lo que consideramos colectivamente que merece la pena—, que se expresan en nuestra forma de vida y nuestras relaciones entre nosotros como individuos sociales mutuamente dependientes. Lejos de ser una forma de valor naturalmente dada, la medida capitalista del valor es una forma de dominación y alienación social que debe ser superada para que una vida emancipada sea posible.

A lo largo del siglo XX, la socialdemocracia desarrolló una forma de capitalismo “blando”, cuya conquista central es el Estado del Bienestar. Yo mismo me crié en uno de los Estados del Bienestar más exitosos (Suecia), que convirtió el gran crecimiento económico post-1945 en distribución de la riqueza a lo largo de la sociedad. Mientras que mis abuelos eran campesinos pobres en el Norte de Suecia, mis padres pudieron ascender a la categoría de clase media gracias a una educación pública gratuita y una economía en constante expansión. Cuando crecí, todo el mundo en Suecia tenía acceso a Sanidad gratuita, guarderías gratuitas, y la educación pública desde estas a la universidad era igualmente gratuita. El Estado del bienestar sueco era el resultado de un proceso que tiene sus orígenes en el siglo XIX, cuando los trabajadores comenzaron a organizarse y a mejorar gradualmente todo lo que iba desde las condiciones de trabajo hasta los derechos políticos y servicios públicos. La socialdemocracia, sin embargo, se limita a transformar el modo de distribución, preservando por lo tanto su dependencia con respecto al modo de producción capitalista.

Así, el destino del Estado del Bienestar está atado al de la economía capitalista. Durante un par de décadas tras la Segunda Guerra Mundial podría parecer que la socialdemocracia (en unos pocos países) había encontrado el medio para domesticar el capitalismo y hacerlo funcionar en pos del bien común. Sin embargo, la crisis mundial que tuvo lugar en los años 70 —y las bajas tasas de crecimiento que se han dado desde entonces— subraya claramente cómo el Estado del Bienestar está bajo el control del capital y no al revés. El Estado del Bienestar depende del capitalismo (dado que el sistema de bienestar socialdemócrata *vive de* la riqueza generada por el trabajo asalariado), pero el capitalismo no depende del Estado del Bienestar. Por ello, ante la existencia de menos riqueza a distribuir como resultado de la crisis, las estrategias neoliberales para relanzar la acumulación —desregulación del mercado financiero, privatización de servicios públicos, etc.— acabaron por imponerse.

Las reformas neoliberales de las que hemos sido testigos a lo largo de las últimas décadas son indudablemente funestas. El derrumbe del Estado del Bienestar, sin embargo, no se debe únicamente a la ideología neoliberal sino también a su dependencia general con respecto a la creación de riqueza capitalista, lo que convierte al Estado del bienestar en rehén de las crisis económicas. Por descontado, la hegemonía neoliberal en cuestiones de economía política es perniciosa y demanda una crítica urgente, pero tratarla como la causa de las contradicciones estructurales del capitalismo es privarnos de la capacidad para entender el sistema económico del que somos parte.

El hecho de que prioricemos el beneficio no se debe a los tejemanajes de una élite corporativa, porque la prioridad del beneficio está inscrita en el modo en que medimos la riqueza social. Por la misma razón, la razón de que valoremos colectivamente el “crecimiento” del capital como el fin último de nuestra economía no puede reducirse a la hegemonía ideoló-

gica del capitalismo neoliberal. En rigor, la finalidad de nuestra economía está más allá de toda deliberación democrática bajo cualquier forma de capitalismo, dado que la acumulación capitalista es el principio rector inscrito en el mismo modo en que producimos la riqueza social. Además, como he demostrado en profundidad en *Esta Vida*, la medida capitalista de la riqueza es enemiga de la producción de genuina riqueza social, dado que valora el trabajo socialmente necesario en lugar del tiempo libre socialmente disponible, requiere del desempleo como característica estructural, y tiene una tendencia inherente a las crisis.

El debate contemporáneo sobre la renta básica universal (RBU) es revelador a este respecto, dado que la RBU es un buen síntoma de las limitaciones de cualquier tipo de política socialdemócrata. Esta concepción de la emancipación queda limitada a la redistribución de la riqueza, cegándose a la cuestión fundamental del modo en que la riqueza es producida bajo el capitalismo. Los defensores de la RBU (y otras formas de justicia redistributiva) nunca cuestionan la *medida y producción del valor bajo el capitalismo*, sino que se centran exclusivamente en la *distribución* de la riqueza a lo largo y ancho de la sociedad. Del mismo modo, son incapaces de lidiar con las contradicciones en las que toda reforma progresista del capitalismo se verá necesariamente atrapada, bien trate de reforzar el Estado del bienestar, garantizar una renta pública universal, o una combinación de ambas. Debido al modo en que la riqueza se mide bajo el capitalismo, un programa semejante estará siempre atrapado en una contradicción que hace de su degeneración o disolución una debilidad intrínseca e inevitable. Cuanto menos son explotadas nuestras vidas en pos de un beneficio —cuando más nos centramos en la producción de los bienes públicos del Estado de Bienestar o a proyectos sin ánimo de lucro apoyados por la RBU— menos riqueza queda disponible para la financiación del Estado de Bienestar y la RBU. Esta contradicción práctica en lo que respecta a la distribución de la riqueza el inevitable bajo el capitalismo, dado que la medida del valor es el tiempo de trabajo

socialmente necesario en lugar del tiempo libre socialmente disponible.

Por esto mismo describir, como hacen muchos, la Renta Básica Universal como una solución al problema del trabajo asalariado que Marx analizara es peligrosamente engañoso. Una afirmación de este tipo confiesa la incapacidad para comprender que la RBU *no puede, ni siquiera en principio, superar su dependencia con respecto al trabajo asalariado*. Por el contrario, toda forma de renta básica universal depende por completo de la forma social del trabajo asalariado, dado que la RBU consiste en la redistribución de la riqueza capitalista que es generada por el trabajo asalariado. Bajo el capitalismo, el trabajo asalariado al servicio de la ganancia es la fuente necesaria de riqueza social. La RBU perpetúa esta dependencia con respecto al trabajo asalariado en lugar de superarla. Ninguna forma de renta básica puede librarnos de la explotación capitalista, dado que solo el trabajo asalariado al servicio de la ganancia puede generar la riqueza que es distribuida en la forma de RBU.

Criticar la ideología neoliberal contra poniéndola al Estado del Bienestar (o cualquier otra forma de justicia redistributiva) es por lo tanto cegarse ante cómo tanto la socialdemocracia como el neoliberalismo están atravesados por la contradicción inscrita en la medida capitalista del valor y el modo en que este se produce. Criticar la distribución actual de la riqueza capitalista —y defender su redistribución— *no* es una crítica del capitalismo.